

do; pero ya sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de ellas.

»En cambio buscad el reino de Dios, y todas esas cosas se os darán por añadidura».

No quería el Maestro en esta exhortación prohibir el debido cuidado de las cosas de la vida, ni la moderada previsión y prudencia. Sino el excesivo apetito de las cosas terrenas, y ese afán con que algunos se azoran y ojean todos los vientos para acaparar bienes para toda la vida. Dichoso el que dando a las cosas terrenas el cuidado necesario, pone su principal y primera atención en atender a que Dios reine en su alma y en la tierra! ese logrará que Dios premie sus trabajos aun con la fortuna temporal necesaria para la vida. Cuidad de las cosas de Dios, y Dios cuidará de vuestras cosas.

#### 162. HAY QUE BUSCAR LAS COSAS DEL CIELO

(L. 12, 32-34)

»No temáis, rebañito pequeño, porque vuestro Padre ha querido daros el reino.

»Vended lo que tenéis y dad limosna. Hacedo bolsas que no envejezcan, y tesoro que no se agote en los cielos, donde no llegan los ladrones, ni roe la polilla.

»Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

#### 163. ESTAMOS DE PASO

(L. 12, 35-40; Mt. 24, 43-44)

»Ceñid vuestra cintura y tened en las manos las lámparas encendidas. Y estad como los hombres que están aguardando a su señor, para cuando vuelva de las bodas, para que en cuanto venga y llame, al punto le abran. Dichosos aquellos criados a quienes el amo halle, cuando llegue, despiertos. En verdad, os digo, que se ceñirá el vestido y los hará recostarse a la mesa, y pasando los irá sirviendo.

»Y sea que llegue en la segunda vigilia, sea que llegue en la tercera, si los halla así, dichosos serán aquellos criados!

»Y sabed esto, que si supiera el amo de casa a qué hora va a venir el ladrón, velaría y no dejaría que le abriesen su casa. Vosotros, pues, estad preparados, porque el Hijo del hombre vendrá a la hora que menos penséis».

#### 164. SOBRE LA DILIGENCIA APÓSTOLICA

(L. 12, 41-48; Mt. 24, 45-51)

No entendía Pedro si aquellas palabras iban con ellos solos o con todos los fieles que allí estaban escuchando, y se atrevió a preguntar al Señor:

«—Señor, ¿esta parábola la dices para nosotros o para todos?»

Delicadamente le da a entender que para ellos principalmente había dicho aquello:

«—¿Quién piensas que es el fiel mayordomo y prudente, a quien pondrá el Señor sobre su servidumbre, para que les dé a su tiempo la ración de trigo?»

Como quien dice: ¿quién es ese criado a que aludo sino vosotros a quienes hago mayordomos de mi casa? para que cuando yo me vaya y llegue vuestro tiempo deis la ración de doctrina a los fieles.

»Dichoso aquel criado a quien su Señor al venir encuentre obrando así. Yo os aseguro que lo pondrá al cargo de todo cuanto posee.

»Pero si el mal criado dice en su corazón: Mucho tarda mi amo en venir, y comienza a maltratar a los criados y criadas, y a comer y beber y embriagarse, vendrá el Señor de ese criado en el día que menos espera y en la hora que menos piensa, y lo partirá, y le dará la suerte de los hipócritas. Allí será el llorar y el rechinar de dientes.

»Y aquel criado que conoció la voluntad de su amo, y no se afaná ni obró según su voluntad, será azotado con muchos azotes. Y el que no conoció la voluntad del amo, pero hizo cosas merecedoras de azotes, será azotado con pocos.

»A todo aquel a quien se dió mucho, se le exigirá mucho; y a quien encomendaron mucho, le pedirán más».

## 165. EL FUEGO DE CRISTO Y EL BAUTISMO

(L. 12, 49-53; Mt. 10, 34-36)

Ya por lo que había dicho se veía que Jesús no venía al mundo lleno de regalos y dulzuras y descansos. A trabajar, a padecer, a sufrir, a privarse de las cosas mundanas, a eso había venido y a eso llamaba a sus apóstoles.

No he venido a traer refrigerio, ni descanso, no, sino fuego y separación.

«Fuego he venido a traer a la tierra. Y ¿qué quiero sino que se encienda?»

»Pero (antes) tengo que ser bautizado con un bautismo. ¡Y cómo sufro hasta que se cumpla!

»¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? Os aseguro que no, sino espada y separación. Porque desde ahora estarán divididos cinco en una casa: tres contra dos, y dos contra tres. Dividiránse padre contra hijo, e hijo contra padre; madre contra hija e hija contra madre; suegra contra su nuera y nuera contra su suegra».

Así sucedió cuando los judíos empezaron a convertirse.

## 166. INVITACIÓN A LA JUSTICIA, QUE ÉL ENSEÑA

(L. 12, 54-59)

Entonces volvióse por fin a las turbas, y anunciándolas la proximidad de los juicios y sentencias divinas, las exhortó a reconocer y abrazar la verdad y la justicia, diciendo:

«—Cuando veis levantarse una nube por el ocaso, decís al punto: Va a llover. Y así es.

»Hipócritas, sabéis discernir el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo no discernís este tiempo? ¿Cómo no discernís por vosotros mismos lo que es justo?»

Acaso les quería advertir que debían prescindir de los juicios manifiestamente falsos e injustos de los fariseos, y juzgar por sí mismos, por su propio juicio, por las señales que les daba el cielo en la predicación de Juan y en los milagros del Maestro, lo que era justo. Y no que parecían contenerse por los temores y vanos respetos de los fari-

seos, contra lo que sus conciencias les dictaban. Y por eso continuó con estas bien significativas enseñanzas:

«Cuando vas con tu enemigo al magistrado, procura en el camino librarte de él; no sea que te arrastre al juez, y el juez te entregue al sayón, y el sayón te meta en la cárcel. Y de allí yo te aseguro que no saldrás hasta que pagues el último maravedí».

¡Ay del que conoce en las nubes la tempestad del cielo, y no conoce en las señales divinas la tempestad de la ira de Dios, ni se reconcilia a tiempo con el que le ha de juzgar! Porque será encarcelado y atormentado hasta que pague todo cuanto ha hecho, sin que ni siquiera un maravedí se le perdone, sin que la más leve falta se le deje sin castigo.

## 167. AMENAZAS A LA NACIÓN

(L. 13, 1-5)

Mientras estaba hablando, se presentaron llamando la atención unos que traían una noticia bien terrible. Acababa de dar muerte Pilatos en el mismo templo a una porción de galileos.

Eran los galileos gente turbulenta y fácilmente sediciosa, que toleraba con mucha repugnancia el yugo de los romanos. Frecuentemente en las fiestas, o excitados con la afluencia de la multitud, o exacerbados por el más vivo y presente espectáculo de la tiranía, o entusiasmados por sus recuerdos religiosos y tradiciones que les prometían libertad y dominio del mundo, o encendida su fantasía por otras razones, lanzábanse a imprudentes manifestaciones, que no siempre toleraba el Presidente Romano, hombre aunque irresoluto a veces y caprichoso, pero severo, duro y poco amigo de judíos. Para reprimir a tiempo estas sediciones que estallaban con frecuencia en el templo, habíase edificado en uno de sus ángulos, la fortaleza Antonia, y en ella se mantenía firme la guarnición dispuesta siempre a lanzarse sobre el templo y sobre el pueblo.

Pues bien, uno de aquellos días los galileos debieron intentar alguna revuelta, que Pilatos reprimió al punto con implacable severidad. Estaban en el templo dedicados a los sacrificios, cuando de repente cayó sobre ellos la fuerza del

Presidente y mezcló la sangre de los galileos con la de las víctimas expiatorias que estaban inmolándose.

Seguía Jesús aún hablando al pueblo cuando «se le presentaron algunos anunciándole lo sucedido con los galileos, que Pilatos había mezclado su sangre con las víctimas de ellos».

¿Qué pretendían los que le interrumpían para darle tal noticia? ¿Quiénes eran? ¿Acaso eran amigos que le avisaban como a galileo y popular entre los galileos, para que anduviese con prudencia y no fuese castigado por la severidad de Pilatos? ¿Acaso eran enemigos, que, deseando hacerle callar y retirarse, le querían con esta noticia infundir miedo? ¿Acaso simplemente noveleros que daban la noticia del día por su importancia?

No se puede deducir del Evangelio. Mas parece que los que trajeron la nueva, pintaron a aquellos galileos que habían muerto, como a hombres que tenían culpa y pagaban su merecido. Así puede conjeturarse por la respuesta del Salvador, porque dejando con marcada indiferencia otras ideas, les dijo:

«—Porque padecieron eso, ¿pensáis que estos galileos fueron más pecadores que todos los galileos?

»Os aseguro que no; y si no hacéis penitencia, todos moriréis lo mismo.

»Como aquellos dieciocho sobre quienes cayó la torre en Siloé y los mató ¿pensáis que eran más deudores que todos los hombres que habitaban en Jerusalén?

»Os aseguro que no; y si no hacéis penitencia todos moriréis lo mismo».

Terrible amenaza era esta. Porque parecía a los judíos que habían perecido por su culpa así aquellos galileos, como los otros que perecieron en la fuente de Siloé, en un caso sin duda entonces conocido, pero del que hoy no tenemos más noticia que estas palabras del Maestro. Y Jesús les da a entender que así como aquellos, tienen todos ellos que perecer, no ya unos más que otros, sino *omnes similiter*, todo el pueblo, toda la nación, toda la raza, si antes no hacían penitencia.

Porque no era que unos fuesen más culpables que otros; sino que toda la nación, todo el pueblo era culpable, y se

estaba haciendo, por su obstinación en rechazar, o no admitir al Mesías, reo de general castigo, de que su sangre se derramase al pie de los altares, o de que cayesen las casas en ruinas y los destruyesen.

Y para explicarles bien claro su pensamiento les dijo una parábola.

#### 168. PARÁBOLA DE LA HIGUERA INFRUCTUOSA

(L. 13, 6-9)

«Tenía uno en su viña plantada una higuera. Y vino a buscar fruto en ella y no le halló. Y dijo al viñador: Hace ya tres años que vengo buscando fruto en esta higuera, y no le hallo. Córdala, pues. ¿Para qué ha de ocupar más la tierra?

»Respondió el viñador y dijo:—Señor déjala todavía este año, mientras la cavo en torno y le echo estiércol. Y a ver si da fruto. Y si no, más adelante la cortas».

Pocas cosas hay en Palestina más conocidas y comunes que higueras y viñas. Ni son pocas las veces que a la higuera y la viña es comparado el pueblo de Dios. Sino que, como dice Isaías la viña fué tan mala, que, cuando el Señor esperaba uvas de ella, solo pudo obtener agraces y labruscas. Y la higuera tan ingrata que hacía muchísimo tiempo que no producía fruto ninguno.

Ya San Juan predicaba a los judíos y les decía: «Dad frutos dignos de penitencia... porque ya está puesta el hacha al pie del árbol. Todo árbol que no dé buen fruto, será arrancado y echado al fuego».

Y eso mismo, pero con más claridad y con más instancia dice hoy el Maestro. Mas al mismo tiempo, con cuánto amor y cuánto sentimiento!

El pueblo de Dios era la higuera. No tres, muchos, muchísimos años hacía que venía buscando en ella fruto el Padre Eterno. Mas ¡ay! cuán estéril le había sido siempre y cuán infel. Hora era ya de cortarla y echarla al fuego. ¿Para qué conservarla? para qué dejarla ocupar inútilmente tierra que podría aprovechar a la gentilidad que sería mucho más agradecida, si recibía ese cultivo que había recibido el pueblo de Dios. Era preciso cortarla.

Mas ¡cómo se retrata al punto el dulce hortelano y compasivo dueño de la higuera! «Aguarda un poco más. Yo la cultivaré, yo la abonaré, yo la regaré y cuidaré. Y si tiene fruto, la dejas, y si no, la cortas.

Oh! Señor! si tú cuidas, si tú riegas, si tú cultivas ¿será posible que ninguna higuera deje de dar fruto? Cultívanos, cuídanos y riéganos con tu sangre, que fructificaremos y mucho.

¡Ay! no fructificó la higuera de Israel a pesar del esmero de Cristo en cultivarla con su predicación, sus milagros y sus gracias. Por eso, por fin, fué desarraigada y deshecha y arrojada al fuego y consumida. Por eso pereció el pueblo como perecieron los galileos y los judíos de Siloé. Jerusalén quedó arrasada. Los que pudieron escapar se refugiaron en el templo y en los subterráneos. Pero el incendio y la devastación lo consumieron entre la sangre de las víctimas y bajo los escombros de las torres y las casas.

#### 169. ORACIÓN DE LA MUJER ENCORVADA

(L. 13, 10-17)

Poco cuidado pone el Evangelista San Lucas, que es quien nos cuenta todo esto que vamos refiriendo, en señalar los sitios por donde Jesús caminaba predicando y haciendo bien. Parece que estaba recorriendo las cercanías de Jerusalén, y que como lo hizo en Galilea, iba de pueblo en pueblo, y de sinagoga en sinagoga, predicando sobre todo los sábados, la palabra divina de su Evangelio.

En uno de estos sábados entró en una de estas sinagogas, y se puso a enseñar. Oía el pueblo en gran número agolpado, presidía el archisinagogo la reunión, como de costumbre, y hablaba Jesús. Cuando he aquí que entre el concurso se presenta una mujer, que estaba poseída de un espíritu de enfermedad. Encorvada la infeliz desde hacía dieciocho años, no podía enderezarse para arriba. Vióla Jesús, llamóla a sí, y le dijo:

«—Mujer, quedas libre de tu enfermedad.

»Impúsole enseguida sus manos, y al punto se enderezó, y glorificaba a Dios».

Inquieto y zozobante veía estas cosas el archisinagogo.

Acaso los contrarios de Jesús, que estaban allí muchos, le punzaban para que mantuviese en la sinagoga el respeto debido al sábado, según ellos lo entendían. Lo cierto es que el archisinagogo viendo el movimiento de todo el auditorio por aquel milagro, deseoso de satisfacer a los fariseos sin duda, pero sin atreverse a reprender directamente a Jesús, indignado de que se hiciese aquella curación en sábado, dirigióse a la multitud, y con severidad que indirectamente hería a Cristo, les dijo:

«—Ya hay seis días para trabajar. Venid, pues, en esos y curaos. Y no en día de sábado».

Recogió Jesús la alusión de aquel hombre que sin darle cara le reprendía delante de los otros, y le echaba en rostro sus curaciones en sábado. Como si el curar fuese obra prohibida. Y respondiendo a la alusión dijo al archisinagogo y a los que detrás de él escondían la cara:

«—Hipócritas ¿no desata cada uno de vosotros su buey o asno el sábado y lo lleva a beber? Y a esta hija de Abraham a quien tenía atada Satanás hace ya dieciocho años, no se la podrá desatar de ese vínculo en día de sábado?

»Cuando esto dijo se avergonzaban todos sus adversarios, y todo el pueblo se alegraba en todo lo que él con tanta gloria hacía».

#### 170. PARÁBOLAS DEL GRANO DE MOSTAZA Y DE LA LEVADURA

(L. 13, 18-21; Mc. 4, 30-32; Mt. 13, 31-33)

Entonces, recobrada su autoridad y dirigiéndose al pueblo siguió su explicación. Y entre otras cosas repitió aquellas dos parábolas que ya en Galilea había propuesto. Pequeño parecía y despreciable todavía el reino de Dios que Jesús estaba fundando. Acababa el archisinagogo de manifestar el desprecio que sentía del Maestro. Y decía el Señor:

«—A qué diremos que se parece el reino de Dios? á qué lo compararé? Se parece a un grano de mostaza que tomó un hombre y lo echó en su huerto y creció y se hizo árbol grande, y las aves del cielo anidaron en sus ramas».

Y dijo otra vez:

«A qué compararé el reino de Dios? Lo compararé a la levadura que tomó una mujer, y la metió en tres sats de harina hasta que toda la masa fermentó».

«Y caminaba por ciudades y castillos enseñando haciendo su viaje hacia Jerusalén».

#### 171. JESÚS EN LAS FIESTAS DE LA DEDICACIÓN

(J. 10, 22-39; L. 13, 22)

Era el mes de Casleu, es decir, mediados de Diciembre. Jerusalén se preparaba para las alegres fiestas de la Dedicación. Al llegar el aniversario de la purificación que hicieron los Macabeos del templo profanado por el sacrílego Antioco, todos los pueblos, pero principalmente Jerusalén se entregaba a una alegría tan festiva o poco menos como en la fiesta de la Pascua o de las Tiendas. Los judíos llamaban a esta fiesta Chanuca o Dedicación, porque recordaban la dedicación del templo de Dios. En griego se llamaba Encenia, que significa renovación, por recordar la purificación del templo profanado. También era conocida por el nombre de Luminarias, por las muchas luces con que se iluminaban las tardes del invierno en estos días.

Llegó Jesús a estas fiestas y dirigióse al pórtico de Salomón. Era éste un gran pórtico que por haberse construido con los materiales del antiguo templo, recibía el nombre de Salomón; estaba situado al Este y de frente al templo propiamente dicho, y sin duda por su buena disposición y por ser abrigado y bien soleado era preferido por los doctores para pasear y conversar en él y disputar entre sí y con los discípulos.

«Era, dice San Juan, el invierno. Jesús paseaba en el templo en el pórtico de Salomón. Rodeáronle, pues, los judíos, y le decían:

«—Hasta cuándo nos tienes suspensa el alma? Si tú eres el Mesías, dínoslo claramente.

»Respondióles Jesús:

»—Os lo he dicho y no creéis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí. Pero vosotros no creéis, porque no sois ovejas mías. Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco y me siguen, y yo les doy

vida eterna y no perecerán para siempre jamás y no las arrebatará nadie de mi mano. Lo que el Padre me dió es más que todas las cosas, y nadie puede arrebatarlas de manos de mi Padre. Yo y el Padre somos uno».

La respuesta era bien clara y terminante, y para los judíos terrible. No creían porque no eran ovejas de Cristo, es decir, porque no oían dócilmente, por su culpa, su voz. Las ovejas, los que quieren oír la voz de Cristo y recibirla con docilidad conocen la voz de Cristo, y Cristo las recibe como ovejas, y va delante de ellas y les da vida y gracia eterna, y como ellas no quieran irse, nadie las arrebatará de manos de Cristo; porque el Padre le ha dado un poder superior a todo poder, para defenderlas y salvarlas.

Y terminaba diciendo categóricamente: Yo y el Padre somos uno.

«Cogieron, pues, otra vez los judíos piedras para apedrearle».

Ya desde el principio lo rodearon, con intentos malvados. Hiciéronle la pregunta con toda intención para tomar de ella ocasión de apedrearlo. Cuando oyeron la tan paladina afirmación de que él era uno con Dios, é Hijo consustancial de él, todos se bajaron a coger las piedras que tal vez de antes tenían ya allí preparadas.

No se turbó Jesús, no huyó, no se escondió. El sabía sus horas. Afrontando la agresión siguió en su puesto todavía, y viéndolos venir les dijo estas palabras que los debían haber llenado de vergüenza:

«—Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre. ¿Por cuál de ellas me apedreáis?»

Respondióronle los judíos:

«—No te apedreamos por obra buena, sino por blasfemia, y porque tú, siendo hombre, te haces a tí mismo hijo de Dios».

Respondióles Jesús con mucha gracia y finura:

«—No está escrito en vuestra Ley: *Yo dije: Dioses sois?* Y si llamó Dioses a aquellos a quienes se dió la palabra de Dios, y la Escritura no puede anularse, quien el Padre santificó y envió al mundo ¿decís vosotros: tú blasfemas porque he dicho: soy Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Pero si las hago, ya que

a mí no me creáis, creed a las obras, para que entendáis y creáis que el Padre está en mí y yo en el Padre».

Llama Ley Jesús a todo el Antiguo Testamento, y en efecto, en uno de los Salmos, en el 81, el autor introduce a Jehová hablando a los jueces de Israel y llamándolos Dioses, por la participación de autoridad que han recibido de Dios, para administrar justicia. Y tomando aquellas palabras arguye así Jesucristo: Yo os he dicho que soy Dios y me apedreáis. Pero sin razón, porque vuestra ley y vuestra Escritura, que no puede equivocarse, llama Dioses a unos hombres solo porque la Sagrada Escritura los llama así, aunque no son dioses ni tienen señales y pruebas como las mías, que he sido consagrado y enviado por el Padre, y por tanto tengo razones incomparablemente mayores que los magistrados y profetas de Israel para ser llamado Hijo de Dios. Como que soy uno con él, y hago lo mismo que hace él. Por donde estad ciertos que el Padre está en mí y yo en él.

Al oír esto ya resueltos se echaron a él para agarrarle, pero él se les fué de las manos, sea con su destreza natural, sea, como parece más verosímil, con algún milagro. Porque de otro modo no hubiera escapado de aquel círculo con que desde el principio con toda intención le habían cercado.

«Y se fué otra vez al otro lado del Jordán».

#### 172. EXCURSIÓN A PEREA

(J. 10, 40-42)

Es Perea la región que al lado opuesto de Jerusalén, al Este del Jordán se extiende desde las orillas del Mar Muerto hasta el de Tiberiades. Estaba entonces sometida a Herodes Antipas. Resonaban en ella todavía los ecos de la predicación del Bautista, y sus habitantes, parecidos a los Galileos en muchas cosas, eran propensos a la fe y al entusiasmo religioso.

Acaso en la temporada anterior después de la fiesta de las Tiendas y antes de la Dedicación se había alargado allá Jesús en su predicación. Y por eso dice San Juan que se retiró *de nuevo* a esta región. Aunque también se puede

entender que San Juan se refiere al tiempo del Bautismo en que Jesús había allí estado.

Sea lo que sea, lo cierto es que esta vez Jesús, para huir de sus enemigos que decididamente le buscaban para la muerte, creyó encontrar refugio seguro en esta región y en la bondadosa lealtad de sus habitantes.

Apenas pasó el Jordán muchos vinieron a él, y oyendo lo que de él se contaba y viendo lo que predicaba y hacía y comparándolo con sus recuerdos de Juan, y con lo que el Bautista habíales enseñado acerca de Cristo, decíanse unos a otros:

«—Juan, en verdad, no hizo milagro ninguno. Pero todo lo que dijo de éste sale verdadero.

»Y muchos creyeron allí en él».

#### 173. NÚMERO DE LOS QUE SE SALVAN

(L. 13, 23-30)

Como predicaba el Señor de la Salvación y del reino de Dios, se le acercó uno y con esa curiosidad que nos aqueja a los hombres de saber cosas que a veces no nos importan, le dijo:

«—Señor, son pocos los que se salvan?

No quiso el Señor responder a la curiosidad ociosa y satisfacer al vano deseo, pero torciendo o mejor dicho enderezando un poco la respuesta, le dijo:

»—Esforzaos a entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos querrán entrar y no podrán. En cuanto el amo de casa se levante y cierre la puerta, comenzaréis vosotros a estar a la parte de afuera y golpear en la puerta diciendo: Señor, ábrenos. Y él os responderá diciendo: No os conozco de dónde sois.

»Y entonces comenzaréis a decir: Si comimos y bebimos delante de tí, y tú enseñaste en nuestras plazas.

»Y él os responderá diciendo: No os conozco de dónde sois: apartaos de mí todos, obradores de iniquidad.

»Allí será el llorar y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abraham y a Isaac y a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios y a vosotros que sois echados fuera. Y vendrán del oriente y del occidente y del septentrión y

del mediodía, y se recostarán a la mesa en el reino de Dios.

«Y he aquí que serán primeros los que son postreros, y serán postreros los que son primeros».

Así les declara la suerte futura que les espera a los judíos por su rebeldía y obstinación. No quiere resolver si son muchos o pocos los que se salvarán. Pero sean muchos o pocos, vosotros lo que habéis de hacer es afanaros por entrar en el reino de Dios, no sea que cuando lleguéis ya estén cerradas las puertas, como les va a acontecer a muchos de estos judíos, que van a quedarse fuera, y llegará un día en que todos ellos queden fuera y me llamen y me digan: Abrenos, y no nos desconozcas, pues somos aquellos que comimos y bebimos juntos, y en nuestras calles y plazas estuviste predicando. Y yo les diré: No os conozco, malhechores. Y a pesar de ser del pueblo de Dios, quedarán fuera, mientras los fieles, los buenos judíos, con Abraham y los patriarcas y profetas estén en el reino de Dios. Y con éstos entrarán muchos gentiles de todas partes del mundo, y estarán en mi reino. Y así estos gentiles que ahora son postreros a vosotros, serán primeros en el reino, y muchos judíos que ahora son primeros y del pueblo de Dios, serán postreros. Tan postreros que serán rechazados y echados fuera.

#### 174. ASECHANZAS DE PARTE DE HERODES VATICINIO SOBRE JERUSALÉN

(L. 13, 31-35)

No veían con buenos ojos los fariseos la presencia y predicación de Jesús en Perea, y deseaban de nuevo llevarle a Jerusalén para cogerle por fin en tiempo oportuno y acabar con él. Acaso trataron con Herodes, que odiaba la presencia de Jesús, por lo que le recordaba de Juan, a quien había dado la muerte. Acaso sin tratar con él quisieron por sí mismos asustar a Jesús y empujarle de nuevo a Jerusalén. Y por eso en este mismo día, cuando acababa de explicar la suerte futura de los obstinados, se le acercaron unos fariseos y le dijeron en tono de amistad:

«Sal y vete de aquí, porque Herodes quiere matarte».

No se turbó el Señor, y tranquilo y digno díjoles con entereza:

«—Id y decid a ese zorro: aquí estoy echando demonios y haciendo curaciones hoy y mañana y al tercer día feneceré. Sin embargo, es preciso que hoy y mañana y al día siguiente siga mi camino, porque no es posible que un profeta perezca fuera de Jerusalén».

Como diciendo: decidle que estaré aquí todo el tiempo que yo crea conveniente, haciendo mis buenas obras, y que solo cuando las termine terminaré yo en el día que yo sé. Y como era designio suyo salir de allí, para que no creyesen que si salía pronto era por temor a Herodes, añadió: Sin embargo, no por temor a Herodes, sino porque los profetas parece que deben morir en Jerusalén que los aborrece, por eso seguiré mi camino en lo que me queda hasta ir a la ciudad.

Y sentido al recuerdo de la ingratitud de su ciudad de Jerusalén y conmovido al pensar en la inmensa desgracia que le esperaba, exclamó dulce y terrible a un mismo tiempo:

«—Jerusalén! Jerusalén! la que matas a los profetas y apedreas a los enviados a tí! ¡cuántas veces he querido recoger a tus hijos como la gallina a sus polluelos debajo de las alas y no habéis querido! Pues bien, vuestra casa será abandonada, desierta. Y os aseguro que no me veréis hasta que venga el tiempo en que digáis: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!»

Deciales: Yo he querido en vano salvaros. No habéis querido. Vais por ello a ser destruídos. Y cuando yo me vaya os dejaré abandonados y jamás me volveréis a ver hasta que llegue el día en que también vuestro pueblo vuelva de nuevo a recibirme y confesarme y aclamarme por fin diciendo: ¡Bendito el que viene en nombre de Jehová!

¿Cuándo acaecerá esto? No lo sabemos. Muchos intérpretes piensan que Jesús alude al fin del mundo. Otros creen que solamente quiso decirles que mientras no se convirtiesen a él y no le recibiesen como Mesías no tendrían salvación.

De todos modos, para ellos y para nosotros y para todo

el mundo ¡ay de los que no reconocen al Mesías! No tendrán ni los individuos ni las sociedades remedio mientras no digan: ¡Bendito Jesús de Nazaret! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

175. CONVITE DE UN FARISEO  
AL IR A LA MESA SANA UN HIDRÓPICO

(L. 14, 1-6)

O por cortesía, o por buen tono, o acaso por buena voluntad, o lo que es más probable que nada, por espiarle más de cerca, un fariseo, y de los principales, de los que o por su gran autoridad, o por ser sinedritas, eran llamados príncipes, convidó a Jesús a comer con él un sábado, día de fiesta y de solemnidad. Convidó también a otros amigos.

Al entrar, según parece, y antes de sentarse a la mesa, encontró Jesús a su paso a un hidrópico. Dice el Evangelista que todos los convidados estaban observando a ver lo que Cristo hacía.

Conoció el que conoce todos los secretos del corazón, y dirigiéndose a los legistas y fariseos que estaban a su lado, les dijo:

«—¿Si será lícito curar en sábado?»

Terrible era el aprieto en que los ponía. Todos callaron.

Entonces Jesús tomó al hidrópico, lo sanó y lo despachó. Y volviéndose a ellos, les dijo:

«—¿Quién de vosotros, si se le cae un asno o un buey en un pozo no lo saca enseguida en día de sábado?»

No les dijo más. Nadie le supo responder palabra.

176. CONSEJOS AL SENTARSE A LA MESA

(L. 14, 7-11)

Debió ser un espectáculo bastante bochornoso el sentarse a la mesa, como sucede no pocas veces en el mundo. Porque todos buscaban más o menos descaradamente los primeros puestos. Acaso también, como no estaban en la ciudad, sino en aldea, los convidados no tenían tanta edu-

cación. En fin, como Jesús era muy notable, todos deseaban estar cerca de él, para oírle y verle mejor.

Jesús, tranquilo y digno, estuvo observándolo todo, y con su gran autoridad que tenía delante de todos, deseando calmar aquella fiebre de ambiciones ruines que allí se veía, les dijo esta parábola:

«—Cuando seas convidado a bodas, no te pongas en el primer puesto; no sea que haya sido convidado otro más digno que tú, y el que te ha convidado a ti y a él venga y te diga: deja sitio a éste, y entonces vayas con vergüenza a ocupar el último lugar. Al contrario, cuando seas convidado, ve y siéntate en el último sitio, para que cuando venga el que te convidó te diga: Amigo, sube más arriba; y con eso tendrás gloria delante de todos los que están sentados contigo. Porque todo el que se ensalza a sí mismo será humillado, y el que se humilla a sí mismo será ensalzado.

177. CONSEJOS DURANTE LA COMIDA

(L. 14, 12-14)

Y se sentaron o recostaron, como entonces se hacía, a la mesa. Y no cabe duda que el sitio principal debió ocuparlo el Señor, en cuyo honor se hacía el convite. Y trabando conversación dijo al que le había convidado:

«—Cuando des una comida o una cena, no lames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos, no sea que ellos también a su vez te reinviden a ti, y te se dé la recompensa. Mas bien, cuando haces un convite llama a pobres, mancos, cojos, ciegos. Y serás bienaventurado, porque esos no tienen con qué pagarte, y se te pagará en la resurrección de los justos».

Gran consejo y de mucha perfección y de muchísima caridad. No prohíbe convidar a los ricos y parientes y amigos; sino según el modo de decir de ellos, le aconseja que no solo invite a éstos, sino más bien a los pobres. Desgracia triste es que los ricos conviden y regalen y obsequien a los que menos necesidad tienen de obsequios, regalos y convites, y no regalen ni conviden nada a los pobres, a quienes con mucho menos podrían hacer felices y librar de



muchas necesidades que tienen. No recibirían de ellos, es cierto, más que la gratitud, si acaso, porque no todos la tienen; pero en cambio en el día de la resurrección de los muertos recibirían la retribución multiplicada del que recibe como hecho a sí lo que se hace a los pobres. Doctrina preciosa, pero muy olvidada.

#### 178. PARÁBOLA DE LA GRAN CENA

(L. 14, 15-24)

Aunque Jesús dirigía su palabra al anfitrión que le había convidado, escuchábanle todos con atención. Y cuando Jesús dijo que a quien convidase a los pobres se le daría la recompensa y la reinvitación en el día de la resurrección, uno de los circunstantes que seguía con atención el discurso del Maestro, exclamó.

«—Dichoso el que llegue a comer en el reino de Dios!...

Volvióse a este el Maestro y a propósito de lo que decía, le dijo:

»—Un hombre hizo una gran cena, y convidó a muchos. Y a la hora de la cena mandó a su criado a decir a los convidados que viniesen, que ya todo estaba preparado.

»Y comenzaron todos a una a excusarse.

»El primero le dijo: He comprado unas tierras y tengo que ir a verlas: ruégote me des por excusado.

»Y el segundo dijo: He comprado cinco parejas de bueyes, y voy a probarlas: ruégote me des por excusado.

»Y otro dijo: Me he casado y por tanto ni puedo ir.

»Vino, pues, el criado y dió cuenta de todo a su amo. Airado entonces el amo, dijo a su criado: Sal pronto a las plazas y cantones de la ciudad y trae acá a los pobres y débiles y ciegos y cojos.

»Y dijo el criado: Señor, ya se ha hecho lo que has mandado; mas todavía hay sitio.

»Y dijo el Señor al criado: Sal a los caminos y vallados y oblégalos a entrar para que se llene mi casa. Porque os aseguro que ninguno de todos aquellos que fueron invitados ha de probar mi cena».

Para entender mejor esta parábola es de notar que la cena era la comida principal entre los antiguos. Solían en-

viar en el Oriente las invitaciones con tiempo, y luego cuando llegaba la hora, iban los criados a avisar a los convidados para que viniesen. La cena es sin duda la abundancia de bienes que hay en el reino del Mesías, en la Iglesia de Jesucristo, sea en este mundo, por la abundancia de gracias, sea en el otro, en el convite celestial, por la abundancia de gloria, continuación de la gracia. Muy bien se aplica al convite de la Eucaristía, que es sin duda uno de los más preciosos manjares de esta cena espiritual de la Iglesia, y en el que más gracia se nos comunica.

Al suspiro y anhelo de aquel fariseo que deseaba comer el pan del reino de Cristo, y ver el reino del Mesías tan esperado por los judíos, contesta nuestro Maestro aptamente con esta parábola.

La lección que daba el Maestro a quien había lanzado la exclamación de deseo de comer el pan del reino de Dios era bien hermosa. Y podía servir mucho a los presentes. El amo, él mismo o su Padre, había invitado a esa gran cena, a muchos, no a todos al principio, sino a su pueblo escogido. Pero los judíos, los fariseos, el pueblo de Israel, con vanos pretextos y por sus concupiscencias terrenas y caducos intereses, despreciaba el convite y no acudía a la cita. Entonces Jesús llamaba a los pobres de Israel primero. Y como todavía quedaba sitio llamaba a todos los de fuera de Israel, los del campo, los gentiles, que vendrían en gran número, y decía a sus enviados y apóstoles, que los obligasen a entrar, no precisamente por la fuerza, pero sí con instancia moral y con persuasiones insistentes y premiosas. En efecto, al convite del Mesías han acudido todas las gentes.

#### 179. CARACTER DE LOS DISCÍPULOS DE JESÚS

(L. 14, 25-35; Mt. 10, 37)

Salió del convite, y seguíanle numerosas turbas, de las cuales muchos, con aquel entusiasmo que tenía la gente de Perea hacia Jesucristo, muchos se le ofrecían por discípulos. Quiso el Maestro desengañarlos y hacerles saber que aquél no era fácil negocio, ni que debían dejarse llevar demasiado inconsideradamente de sus entusiasmos, sino considerar

mejor lo que para seguirle a él se necesitaba. Y volviéndose a la gente que le seguía, les dijo:

«—Si alguno viene a mí y no odia a su padre, y a la madre y a la mujer, y a los hijos, y a los hermanos y á las hermanas, y además hasta la propia vida, no puede ser mi discípulo».

No quiere, claro está, que se tenga odio verdadero a los parientes, lo cual sería una inmoralidad muy grande. Pero este era el modo de hablar, y como lo explicó en otro sitio que escribe San Mateo, lo que quiere es que cuando los parientes se opongan a que el hombre siga a Jesús, entonces se los aborrezca, y se los abandone, y que nadie ame más a los parientes que al Maestro. Esta es la doctrina verdadera.

Otro precepto les dió, que ya en otra ocasión les había dado. Para que no pensasen que al ser sus discípulos iban a medrar y prevalecer en el mundo, y por si acaso traían aquellos pensamientos de gloria que alrededor del Mesías solían forjarse, les dijo:

«—El que no lleve a cuestras su cruz y venga en pos de mí, no puede ser mi discípulo».

Y para que no se dejen llevar de inconsiderados propósitos, les aconseja que antes de darse a él miren lo que hacen, y les dice:

«—¿Quién de vosotros al querer edificar una torre no se sienta primero y se pone a calcular el gasto, para ver si tiene para acabarla? Porque si no, a lo mejor pone el cimiento y no puede poner fin, y todos los que le ven, comenzarán a burlarse de él y dirán: Este hombre comenzó a edificar y no pudo rematar.

»O ¿qué rey cuando va a hacer guerra a otro rey, no se sienta primero y delibera si es bastante fuerte para salir al encuentro con diez mil hombres al que le viene con veinte mil? Y si no lo es, cuando aún aquél está lejos, despacha una embajada a pedir paz.

»Así, pues, el que de vosotros no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo».

Es, pues, necesario que antes de entrar en la escuela de Cristo y de ponerse a seguirle como discípulo, se vea si uno tiene fuerza y constancia bastante para ello.

Bueno es ser discípulo de Cristo, pero, si después se deja de serlo, es peor. Y por eso dice:

«—Buena es la sal; pero si hasta la sal pierde la sazón, ¿con qué se la sazonará? Ni para la tierra ni para el estercolero valdrá nada. La tirarán fuera. El que tenga oídos, para oír oiga».

Y cierto, si los discípulos de Cristo que habían de sazonar la tierra hubiesen perdido la sazón y la virtud evangélica, ¿con qué se los hubiera salado? Así, pues, el que quiera ser sal, mire si tiene virtud bastante para con la gracia y auxilio de Dios, no perder la sazón; porque si la pierde, solo servirá para echarlo fuera.

#### 180. EL QUE RECIBE A LOS PECADORES

(L. 15, 1.2)

Grande era la bondad de Jesús, y delicada la benevolencia con que se allanaba a los pecadores y publicanos. Estos, sobre todo acostumbrados a ser mal mirados y recibidos, en todas partes por lo odioso de su oficio, y también por sus excesos y atropellos, que en el ejercicio de su cargo cometían, encontrábanse muy a su gusto con el aquel Maestro insigne, que no solo no se dedignaba de recibirlos y tratarlos, sino que aun les mostraba singular afecto.

No es extraño, pues, que en Perea como en todas partes, se le acercasen sobre todo los publicanos y pecadores para oírle. Y acaso los fariseos quedaban detrás de ellos, y sentidos de que el Maestro no les mostrase alguna preferencia, y los distinguiese como estaban ellos acostumbrados, empezaron a disgustarse y hablar entre sí: «Murmuraban, dice San Lucas, unos con otros los escribas y fariseos; diciendo: Este a los pecadores atiende y come con ellos».

Habían tocado un punto de los más importantes en la misión de Cristo. Quiso el Maestro de una vez explicarles sus ideas, y enseñarles el amor y afán con que buscaba a los pecadores, y no de un modo, sino de tres maneras a cuál más delicadas les explicó a ellos y nos explicó a todos cómo habíamos de ser mirados y recibidos por él los pecadores, por grandes que fuesen nuestros pecados.